

exponerse á perder la otra. Los socorros de Francia eran temibles porque podían ser fatales para el trono; por otra parte, los previsores habían disuadido siempre al Piamonte de la guerra (1); y para los nuevos ministros era un consuelo saber que Austria no trataba de invadir el Piamonte, el cual podría consolidar tranquilamente la libertad que le había sido dada.

Pero al anuncio de la insurrección lombarda la juventud manifestó sus ímpetus guerreros: si los antiguos liberales temían comprometer con la guerra sus maduras esperanzas, los nuevos la juzgaban convenientísima para el progreso, y en vano el rey y los ministros conocían que pierde la autoridad quien la somete al tumulto (2). ¿Y si Milan sucumbiese? ¿Qué vergüenza para su vecino armado! ¿Y qué haría Génova, la cual había gritado *Con Milan, y si no, no?* ¿Y la compasión no podría convertirse en odio contra el príncipe y hasta hacer proclamar la República?

Mientras se vacilaba entre los consejos de la prudencia y la precipitación de la generosidad, llega la noticia de que Milan se ha libertado por sí misma; que los Tudescos rotos y desordenados van en completa fuga, acosados por las poblaciones resueltas á no dejar vivo ni uno solo. Entónces Carlos Alberto arroja su espada en la balanza de los ministros; anuncia que se pone con sus hijos á la cabeza del ejército que ha de llevar á Lombardía sus socorros fraternales, y que por entónces no había que tratar de galardón ninguno, dejándose para despues de concluida la guerra la decisión de la suerte de aquel hermoso país.

Los demas gobiernos de Italia responden á aquel grito: Pio IX (30 de marzo de 1848) ve la mano del Señor en aquella victoria, y recuerda que « la concordia es causa primera de

(1) « ¿Qué es lo que teme Austria? ¿Acaso que Carlos Alberto ó cualquiera otro príncipe italiano empuñe la espada para echarse sobre la Lombardía? ¡Bah! bien sabe que tal tentativa no es hoy posible, y que ideas de este género no pueden entrar ni caben en la mente de un príncipe tan ilustrado como el de Cerdeña. » ГИОВЕРТИ, *Jesuita moderno*, tomo III, pag. 877.

Balbo en las *Esperanzas* rechazaba enteramente la idea de una guerra ofensiva: Durando fundaba todas sus combinaciones estratégicas en el supuesto de la guerra defensiva, y el periódico el *Risorgimento*, órgano de uno de los ministros, decía el 18 de marzo: « El primero que proclame la guerra en Italia, comprometerá la suerte del mando y desconocerá los santos é indestructibles principios que nos aseguran una completa, infalible y próxima victoria... Austria se manifiesta sorda á las amenazas como á los halagos; no se commueve, aguarda su época y su ocasión con prudencia imperturbable. Ahora bien, de todos sus deseos el mas ardiente es el de verse atacada por nosotros... Esto solo podría reanimarla. »

(2) « Nadie ignora cuán importante es para consolidar la verdadera libertad en un Estado, quitar toda su fuerza y preponderancia á los movimientos populares. » SANTA ROSA, *Revolucion piamontesa*. « Pueblos y gobiernos deben tener siempre presente esta regla de conducta tan provechosa, á saber: desconfiar de quien los adula y atender á quien los amonesta y reprende. Nótese bien: cuando son acariciados con afectuosa ternura, cuando se sostiene demasiado fervorosamente su causa, es señal de que se pretende que sirvan de instrumentos á miras é intereses que no son los suyos. » BALMES, *El protestantismo comparado con el Catolicismo*.

» toda estabilidad y de toda prosperidad, que
» solo la justicia edifica y las pasiones destruyen: » el duque de Parma (25 de marzo de 1848) deplorando « el breve tiempo que la
» necesidad y la posición geográfica y política
» de su país le habían tenido sujeto á la influencia extranjera, » promete ir con su hijo al socorro de los Lombardos: Leopoldo (5 de abril de 1848), gran duque austriaco, excita á los Toscanos á « no permanecer en ocio vergonzoso, mientras se decide la santa causa
» de la independencia italiana y volar al socorro de sus hermanos Lombardos: » Fernando de Nápoles invita á los suyos á acudir á las llanuras de Lombardía, donde se va á decidir la suerte de la patria comun; y exclama (7 de abril de 1848): « Union, abnegación, firmeza y conseguiremos la independencia de nuestra bellissima Italia, y veinticuatro millones de Italianos tendrán una patria poderosa, un riquísimo patrimonio de gloria comun y una nacionalidad respetada. »

Santo concierto de príncipes y pueblos, que firmes en su resolución y armados de largos padecimientos, suspiraban por la gloria viril de las batallas para que Italia fuese, no trofeo de victorias ajenas, sino redimida por el brazo de sus propios hijos.

CAPÍTULO XXXV

Desastres de Italia.

La victoria era mucho ménos fácil que el triunfo. Unos cuantos jóvenes lombardos de valor espontáneo é inteligente se lanzaron en pos del enemigo fugitivo; pero los campesinos no secundaron el impulso de las ciudades de la Alta Lombardía, y Radetzky no viéndose ya atacado, pudo llegar al Mincio, y dentro del formidable cuadro que forman las fortalezas de Peschiera, Mantua, Legnago y Verona reanimar el espíritu de sus tropas, esperar otras nuevas y disponerse para la ofensiva. El ejército piamontés, no bien preparado y mucho mas escaso de lo que se esperaba, llegó tarde, y extendiéndose por la orilla del Adigio en una línea de treinta y seis millas, comenzó una guerra lenta de posiciones, en que la incapacidad estratégica hacia inútil el valor, que se mostró insignemente siempre que hubo que combatir. Cuando la victoria era el único objeto y á ella debía dirigirse el ímpetu nacional, no se supo ó no se quiso efectuar el levantamiento en masa; el ejército regular hizo muy poco caso de los voluntarios que con gran prevision marcharon á defender los pasos de los Alpes, no obstante que se vió que el enemigo se aprovechaba de los servicios de soldados improvisados entre los jóvenes de las escuelas austriacas y de las herrerías estirias; en vez de agregar los nuevos reclutas á los cuadros del ejército, se formaron cuerpos distintos, cuya organización

caminó muy lentamente; la imprudente confianza en nosotros mismos y el desprecio imprevisor al enemigo nos adormecieron; cuando todos debían haber ofrecido sus haberes y su sangre para la redención nacional, se regateaba en materia de contribuciones (1), y jóvenes robustos no se avergonzaban de permanecer en sus hogares ostentando sus galas de ser guardias nacionales.

Prontas nubes ofuscaron aquel falso sonrosado con que se colora el alba de toda revolución. Muchos de aquellos que por moda ó por distinguirse habían invocado la tempestad, se asustaron al verla desencadenada, y presagando en vista de la fermentación de Francia que también en Italia se entronizarían la guillotina ó el comunismo, se desviaban de aquellos á quienes proseguían llamando hermanos. La plebe, lisonjeada con promesas de alivio y bienaventuranza y no advertida de la necesidad de gravísimos sacrificios, odiaba á los mentirosos autores de tales promesas. Los gobiernos corruptores perjudican el porvenir, porque en el momento de cambiarlos no se encuentran hombres capaces de representar la nueva era; el vulgo no sabe tolerar los inconvenientes que acompañan al bien y los trabajos con que es preciso conquistarlo, é intereses lastimados, costumbres interrumpidas impiden la armonía y el concierto necesarios en tales ocasiones.

En sociedades de esta manera educadas, las cualidades negativas prevalecen sobre las positivas; el hombre que nada hace y nada puede, es no mas estimado, sino ménos vilipendiado que el que puede y hace; no se quiere dejar impune á quien sobresale entre la medianía que se adorna con el nombre de igualdad, y la sátira se encarna contra la actividad y la exaltación de los nobles sentimientos. Los Italianos se habían habituado á odiarse, á ridiculizarse mutuamente, á temer el desprecio de gente despreciable; los fabricantes de artículos periodísticos habían propagado insinuaciones malévolas y denigrantes contra los que no se resignaban á pedir perdón de su superioridad, y así los hombres generosos, además de ser poco expertos en los negocios, en las armas, en la vida política, quedaban eliminados por su propio despecho ó por las sospechas ajenas en el instante mismo en que mas necesaria era su cooperación. Antiguos amantes de la libertad la acogieron con austero culto; pero otros lanzados de la idolatría del absolutismo á la idolatría de la soberanía individual, la abrazaron como una ramera, creyeron prueba de igualdad el insolentarse con los hombres de valía, y para llegar de un salto á la posición en que estaban los que habían pasado por los martirios de la persecución pública y privada, los declara-

(1) En la cámara de Turin fué desaprobadado como *lujo de sacrificios* el mandar mas soldados. En la Lombardía se pidió una villa de plata á los particulares, mientras que el país, el año siguiente pagó á los vencedores 80 millones además del impuesto ordinario.

raban ineptos para las nuevas circunstancias, los llamaban, no á juicio, sino al suplicio, en los cafés, en los periódicos, por do quiera donde se empleaba la lengua y no el brazo, y á fuerza de frases convencian al vulgo de que los nuevos liberales valían mas que los antiguos.

De algunos años á aquella parte, pero mas en los dos últimos, se había apoderado de Italia como un parasismo el afán de hacer ruido, afán que mentía la actividad de la gloria, y se manifestaba la charla sonora y con aquellas exageraciones que inspiran odio á la verdad y hacen á los hombres inhábiles en la práctica; porque nada es mas repugnante á la vaguedad de las ideas que la realidad. Educados en la declamación, muchos Italianos declamaban hasta cuando había necesidad de obrar, y redundantes en palabras como sucede á los que carecen de ideas, comenzaron á suscitar disputas, en que el buen sentido era siempre el derrotado.

La opinión de los que pretendían dictar leyes al público se formaba con arreglo á los periódicos de Francia; solo á aquella nación se concedía admiración y estudio; no se conocía mas constitución que la suya, y como en ella se hacía consistir el liberalismo en la oposición sistemática, los que hacían esta oposición cuando era peligrosa, quisieron continuarla cuando el arma prohibida se convirtió en arma de honor.

Á los nuevos gobernantes se agregaban una multitud de servidores de los antiguos, que no querían caer con estos; perseguidos verdaderos ó falsos pedían indemnizaciones; estadistas improvisados ofrecían consejos, y algunos mercaderes especulaban con las armas, con los empleos, con la publicidad, con la fama.

Penetraron también del extranjero elementos heterogéneos, y en un país donde el clero se había mostrado siempre en las primeras filas del pueblo, se chocó contra el clero; en un país que hacía ochenta años no conocía de la aristocracia mas que la insignificante casualidad del nacimiento, se sembraron rencores contra los nobles y sus pretensiones, dividiendo también los ánimos para enervarlos. En aquellas horas tormentosas en que los acontecimientos crean los dictadores, tomaron el gobierno de cada ciudad las personas que se hallaron ó quisieron hallarse en una posición llena de peligro sin ventaja alguna, y cuyo resultado había de ser la impopularidad. Para centralizar la resistencia y el mando, el gobierno provisional de Milan tuvo que vencer los celos, que son la cizaña de toda flor de esperanza italiana, y hacer que cada provincia le enviase un diputado. Fueron estos elegidos, no entre aquellos que habían deseado ó intrigado, tampoco entre los que habían esperado; algunos de ellos habían sido blanco de los tiros de la imprenta demagógica: lo cual prueba que no era hija de las conjuraciones aquella sublevación enfo-

blecida y fortalecida por el objeto comun y único de reivindicar la nacionalidad.

Todo gobierno revolucionario se encuentra débil al frente de sus compañeros de revolución, y expuesto á los mil peligros de la inexperiencia, de la precipitación y del desorden. El de Milan, por otra parte, no trató de proporcionarse la sancion del elemento popular tan fácil de obtener en un país organizado por municipios. En los momentos supremos en que la inspiración viene de la multitud, esta irradia sobre algunos que pasado aquel relámpago vuelven á caer en las tinieblas; ¿y cómo habian de conducir una revolucion que vive de movimiento, de accion, de audacia, caractéres medios que usan contemplaciones con todos, y se avienen al bien lo mismo que al mal político? Á la Revolucion italiana cuando estaba en sus primeros ímpetus, se le impuso la fórmula de las sociedades en reposo, esto es, conservar el orden, y al frente de una libertad nueva, que por su naturaleza es recelosa, se gobernó con el secreto con que se conspira, tratándose de conservar el poder con condiciones que no permitian el bien y con aquella medianía cuyo principal carácter es no saber imponer su voluntad á la multitud.

Persuadidos de que las revoluciones tienen bueno ó mal éxito por mérito ó culpa de los pueblos, á estos atribuimos su resultado mas que á los gobiernos á quienes el vulgo acusa de todos los pecados. ¿De qué sirve atacar á las personas? Estas pasaron; las nuevas esperanzas exigen las virtudes que no hubo entonces, ó de lo contrario podrán frustrarse por las mismas faltas que en aquel tiempo.

Escritores que al principio exageraban el egoísmo para excitarlo, recayeron presto en la ironía; periódicos, carteles, círculos, reuniones tumultuosas, dictaban disposiciones imprudentes ú obligaban á recurrir á los subterfugios de que suele echar mano quien no tiene el derecho de su parte; todos se creían capaces de proponer, pero ninguno aceptaba la responsabilidad de resolver; el pueblo obedecía de mala gana á un gobierno que se le pintaba como despreciable; las milicias mostraban mas espíritu de partido que de cuerpo, y á pesar de las canciones y proclamas de fraternidad, ninguno tenia confianza en nadie. Así es que apurado el tesoro en la rica Lombardia, se satisfacian mal las necesidades de la guerra, cuando la primera y aun la única necesidad era tener pagas y soldados. La inercia que ántes hallaba pretextos en la imposibilidad de combatir al enemigo, despues los tomaba con decir que ya estaba vencido, y en la inaccion se comenzó á disputar cómo se gobernaría ántes de que hubiera nacion.

Venecia, libre por medio de una capitulacion regular, no tenia que hacer mas que consultar sus recuerdos; proclamó la República de San Marcos, y las ciudades de tierra firme se adhieron á esta determinacion; pero en Milan el

liberalismo de los mas se reducía á odiar á los Tudescos, y así se creía todo concluido con haberlos expulsado. Algunos que tienen la habilidad de cambiar un cuarto de hora ántes de que cambie la fortuna, estaban en inteligencia con personas muy allegadas á Carlos Alberto, el cual, por otra parte, en los últimos meses habia atraído las miradas hácia su corona, donde irradiaba la aureola de la libertad. Á otros la forma republicana parecia la mas á propósito y conveniente para un pueblo que habia tomado un nuevo bautismo con su propia sangre, y en el cual, no teniendo dinastías que respetar ni nobleza que mantener, cada uno conservaría la misma parte de soberanía, pues que todos habian contribuido á la redencion del país. En la historia ¿no eran republicanos los hermosos tiempos de la Lombardia? ¿No iba á difundirse por todo el mundo aquella forma adoptada por la Francia iniciadora? ¿Los republicanos no encontrarían espontáneos auxiliares en aquella hermana? ¿No se verían de este modo alejados para siempre los celos de los antiguos príncipes y las ambiciones de los nuevos? Por otra parte, los adversarios mas resueltos de la tiranía habian predicado que de República á gobierno constitucional poca ó ninguna diferencia media (1).

Sin embargo, conociendo que el fin principal era la emancipacion, el partido republicano de la *Jóven Italia* se habia obligado ya ántes de la insurreccion á ocultar su bandera para no chocar con las ideas é ilusiones de los príncipes regeneradores. Por otra parte, el rey del Piamonte y el gobierno provisional repetidas veces habian prometido que de la forma de gobierno no se trataría sino despues de la victoria definitiva, cuando libres todos, pudieran tomar parte todos en la resolucion. Pero á la sazón, á pesar de estas promesas, comenzaron á excitar al país á declararse, y un insigne filósofo dejó sus dignos estudios para ir á predicar la fusion con el Piamonte (2), y otro que resumía en sí

(1) « El grande ingenio... ama al pueblo, no sus favores; aspira á su bien, no á las alabanzas, y se mantiene retirado de la turba para poderle hacer beneficios. » GIOBERTI, *Introducción á la historia de la filosofía*, pág. 219. Y en la pág. 183 dice: « El gobierno representativo es óptimo en sí mismo, y se adapta admirablemente á todos los progresos políticos, con tal que no se funde en la base absurda y funesta de la soberanía popular. »

(2) « No veo gran diferencia entre las dos formas de gobierno. ¿Qué es un príncipe constitucional sino un jefe hereditario de República? ¿Y qué es un presidente de República sino un príncipe electivo? » GIOBERTI, *Carta del 26 de febrero de 1848*. Muchos periódicos de un país italiano aseguraban que habia en Lombardia un partido fuerte y temible que queria dividir la Italia en centenares de pequeñas Repúblicas como en la edad média. Por nuestra parte no hemos encontrado vestigios de ese partido; los escritores, lo mismo que los actos oficiales, hablaban siempre de República italiana mas ó ménos extensa. Prescindiendo de Venecia, cuyas proclamas fueron tan generosas, el pueblo de Padua al inaugurar su gobierno provisional decía el 26 de marzo. « El pueblo que hoy se ha constituido tiene un solo deseo, la union italiana. Nada de municipalismo: la República de las ciudades de Italia, cualquiera que haya de ser su extension, debe titularse italiana. Estrechemos las relaciones con Venecia y con las demas ciudades que se han declarado ó

los padecimientos y las esperanzas de diez y ocho años, se presentó á contrarestar el grito de República.

Entonces el país se dividió. Los desórdenes de Francia habian quitado á muchos el deseo de proclamar la República, y entre aquellos mismos que la veneran como la forma del porvenir, creían algunos que la Lombardia no estaba habituada á la subordinacion legal, que es la primera virtud republicana, y que debia llegarse á ella por medio de las ficciones constitucionales. Por otra parte, un rey constituido en adalid de la causa comun, un gobierno ya establecido que no tendría que hacer mas que extender sus atribuciones, el heroísmo de los Piamonteses que peleaban por la libertad lombarda, la eficacia que daría á la guerra la unidad del mando, inducian á sobreponer una corona al símbolo nacional. Por estas razones, que no deben confundirse con el servilismo de los débiles, que se regocijan siempre que la casualidad les envía un amo, hasta algunas personas que habian anatematizado al desertor de 1821, sacrificaron sus rencores á la esperanza de que convertido en espada de Italia, consumaría la redencion y abriría la senda para conseguir la unidad del país, aquella unidad que era el puerto adonde todos se encaminaban y que llegó á ser el escollo de todos.

1848
3 de
Abril.

El Piamonte en la dinastía de Saboya ve hace mucho tiempo su interes, su gloria y su poder: sin embargo, tambien allí se movian las facciones. La Saboya habia rechazado una banda de obreros procedentes de Francia que habian entrado en el país proclamando la República; pero el entusiasmo de la union italiana no era allí experimentado en tan alto grado que no fuesen muy sensibles los sacrificios que imponía la guerra, guerra que sin embargo sostenian los Saboyanos con serena intrepidez. Génova dirigía sus miradas á un punto superior al que ocupaba el ministerio, y si habia ambiciones deseosas de corte y de régias sonrisas, no faltaba quien esperase sustituir el gorro frigio á la corona, apenas esta dejase de ser necesaria para la causa nacional. En torno de la bandera tricolor se unian muchos patriotas, pero tambien las opiniones republicanas servian de máscara al malvado para encubrir sus designios y arrojar al fango el poder con la esperanza de coger alguna parte. Unianse tambien á este partido los sofistas que procuraban el predominio de la forma sobre el fondo, de la expresion sobre la doctrina; los intolerantes que desacreditaban la libre discusion con sus insultos, y por último, los declamadores, amigos y enemigos de toda clase de resoluciones. Estos, ademas de la imprenta sin trabas, tuvieron campo ancho en las cámaras que se abrieron el 8 de mayo; donde á los recelos municipales de la depresion de Turin comparada con Milan, se oponian las

« están para declararse libres, á fin de proceder fraternalmente de comun acuerdo. ¡Viva la República italiana! »

esperanzas de obtener en la Asamblea constituyente con los diputados de los pueblos agregados mejor equilibrio entre el poder legislativo y el ejecutivo.

El ministerio que para hacer la guerra asunto de honor y no de razonamiento, se veía obligado á recurrir á los elementos revolucionarios y al mismo tiempo á contener á los exaltados, imponía sin embargo su voluntad al gobierno provisional lombardo, y este se resignaba á obedecer mientras en su país se le acusaba de mandar mal. Así fué que interrogó la voluntad de los Lombardos por medio del sufragio universal y siguiendo el método mas absurdo y antiliberal, como es el de los registros; y mientras tanto ciertos hombres, cuya voz era demasiado oída por los gobernantes, tachaban á cuantos disentan de su opinion de traidores á la patria, de vendidos al enemigo, aunque fuesen de aquellos que mas habian contribuido á expulsarlo (1).

Por estos medios se pidió la inmediata fusion de la Lombardia con el Piamonte; las ciudades venecianas siguieron el ejemplo, y Venecia se resignó á una fusion, que realizada en el primer instante sin mas condicion que la de vencer, habria centralizado todas las fuerzas para dirigirlas al fin comun, al paso que decretada despues, las dispersó en ventaja del enemigo.

Porque durante estos manejos la situacion de Italia se habia empeorado gravemente. La victoria de los Milanese habia infundido en toda la Península el entusiasmo de la libertad y de las esperanzas. Los duques de Módena y Parma, sublevadas, abandonaron sus capitales dejando en ellas quien diese una constitucion y formase gobiernos provisionales que en breve pidieron tambien la fusion con el Piamonte. El gran duque de Toscana tuvo que dejar sus títulos austriacos y elegir ministros que no eran tan de su agrado, porque el movimiento, habiendo pasado ya de ciertos límites, en vez de dejarse moderar por los príncipes, se volvía contra ellos. El papa, en cuyo nombre se habia dado el impulso, acusado de retrogradar hasta el punto de tiranizar las conciencias, se vió obligado á expulsar de sus Estados á los Jesuitas, mientras declaraba « haberlos mirado siempre como incansables colaboradores en la viña del Señor. » Tuvo tambien que despedir á los consejeros de su confianza y reemplazarlos con otros que lo creían adicto á las máximas de Gioberti, á pesar de que estas habian cambiado tanto, y que le imponian ministros, generales y una guerra contra la cual la Alemania protestaba hasta el punto de amenazar con un cisma. Pio IX habia bendecido con su autorizada

1848.
Marzo.

(1) « La política tiene sus axiomas como la geometría, la física, la lógica, estos son: la unidad, la libertad, la independencia italiana, los cuales no podian ser discutidos por nosotros sin nota de traicion á la patria... ¿Qué importa que un periódico pagado secretamente por Austria calumnie al padre de la unidad italiana? ¿Qué importa que no vea en su contemporizacion misma una prueba de su saber? » GIOBERTI, *Carta del 8 de abril de 1848*.

voz las esperanzas de Italia, enviado un cardenal, su predilecto, como representante de su persona al campo italiano; puesto sus tropas bajo el mando de capitanes piemonteses, con la orden de concertarse con Carlos Alberto, y excitado á los príncipes á enviar diputados á Roma para formar una liga política. Pero como Carlos Alberto en vez de esto pedía una alianza guerrera, el papa, viendo que se trataba de dar unidad á Italia, pero bajo otros auspicios, declaró que no favorecería á un príncipe italiano en menoscabo de los demás, y proclamó la excisión (1).

1848.
19 de
abril.

Inerme, sacerdote, rodeado de un consistorio cosmopolita, creyendo que peligraba la nave que Dios le había encomendado, rechazó toda participación en las revoluciones; dijo que no había hecho mas que lo que las potencias aconsejaron en otro tiempo á Pio VII y á Gregorio XVI por creerlo ventajoso á sus pueblos; que deploraba que estos no hubiesen sabido sostenerse en los límites de la fidelidad, de la obediencia y de la concordia, y que de las convulsiones de Italia no debía atribuirse la culpa á él, que aborrecía la guerra y repudiaba á los que hablaban de una República italiana presidida por el papa.

10 de
mayo.

Roma, que obedecía al papa á condicion de que el papa la obedeciese, entró en fermentación al oír estas palabras, y blasfemando como allí se blasfema, amenazó sumergir en sangre el execrado dominio clerical. De esta manera la fuerza popular abandonó al pontificado cuando tanto importaba sostenerlo é imprimírle movimiento. Pio IX no había aun renegado de la causa italiana, antes bien había escrito al emperador de Austria, exhortándolo á « con- » vertir en útiles relaciones de amistosa vecin- » dad una dominación que no sería noble ni » feliz mientras se fundase tan solo en las » bayonetas; » y á « poner término á una » guerra que no conquistaba para el imperio » las voluntades de los Lombardos y Vene- » cianos imbuidos del noble orgullo de su na- » cionalidad. » También para ser mediador de paz pensó en trasladarse á Milan, y no hay quien no vea cuánto habría animado su presencia á los Lombardos y desanimado á los enemigos. Pero ya se había apoderado de los ánimos el demonio de la desconfianza; sospechábase del Piemonte, solicitador de fusiones, que quería convertir la causa italiana en causa particular suya; sospechábase en el gobierno napolitano cierta ambición de conquistas al

(1) « Nuestro nombre fué bendecido en toda la tierra por » las primeras palabras de paz que salieron de nuestros labios, » y no podría serlo seguramente si ahora pronunciásemos » palabras de guerra.... La union entre los príncipes, la » buena armonía entre los pueblos de la Península, son los » únicos medios de conseguir la felicidad suspirada. En virtud » de esta concordia debemos tener igualmente por amigos á » todos los príncipes de Italia, porque solo de este abrazo » fraternal puede venir la armonía que conduzca al cumpli- » miento de los deseos públicos. » Respuesta al mensaje de los diputados.

verlo ocupar á Ancona; sospechábase que el gobierno romano trataba de renovar sus antiguas pretensiones sobre la Polesina de Róvigo y los territorios de Parma y Módena; sospechábase del prelado enviado por el papa á la corte de Viena (1); sospechábase de la escuadra que el rey Fernando enviaba al Adriático para reforzar la de Cerdeña, y contra la cual dispararon al paso los Sicilianos; sospechábase del ministerio romano al verlo confiar á Carlos Alberto todas las fuerzas pontificias, y en la vacilación gubernativa se acaloraba la acción subversiva de los círculos, de los periódicos y de las plazas. El nuevo ministerio romano, presidido por el filósofo Mamiani, declaró en breve que Pio IX oraba, bendecía y perdonaba, dejando los negocios á la asamblea, lo cual equivalía á quitarle toda autoridad temporal. El papa protestó, como había protestado contra los Austriacos cuando invadieron á Ferrara para dispersar un grueso cuerpo de tropas pontificias; pero ya había pasado el influjo de su palabra como otras modas.

En el reino de Nápoles fueron las cosas de mal en peor. La Sicilia había guardado siempre rencor contra Nápoles, quejándose de ser siempre pospuesta á aquel país, y temiendo llegar á ser absorbida por él. Recordaba todavía su antiguo parlamento que había sido restablecido por la constitucion de 1812 y la prosperidad que por algun tiempo había producido en ella la dominación inglesa, prosperidad derivada de condiciones enteramente especiales, de ser aquel país el único en que había paz, de no estar sujeto al bloqueo continental y de hallarse convertido en centro del contrabando británico que importaba mas de ciento cincuenta millones de francos anuales. Pero aquella efímera constitucion dejó intactos el feudalismo, la amortización civil y eclesiástica, los mayorazgos, los otros males sobre los cuales una revolución puede pasar la esponja empapada en sangre, mientras un gobierno regular, aunque bien inspirado, no llega á abolirlos sino paso á paso. Cuando regresaron á Nápoles los Borbones, la isla quedó como un país excepcional, donde no había ni papel sellado, ni estanco de tabacos, ni quintas, pero que en cambio tenía poquísimas instituciones, malos caminos y lejano el gobierno. En 1821 los Sicilianos no quisieron adherirse á la Revolución napolitana, acelerando así su caída. Las reacciones que siguieron exacerbaron las llagas, y aunque el nuevo rey protestó que *desaba curarlas*, eran demasiado inveteradas para que bastase la buena voluntad. Todo esto produjo desasosiego y descontento, y á veces insurrec-

(1) Pillersdorf, entonces ministro de Austria, decía: « Mien- » tras Inglaterra y Francia atendían á nuestras propuestas de » conciliación, un embajador de la corte romana (monseñor » Morichini) hizo al ministerio sin mas preámbulos la pro- » posición de que renunciase á todas las provincias italianas, » único medio en su concepto de evitar mayores peligros para » Austria... añadiendo que los tratados antiguos no tenían » ningun valor. »

ciones, especialmente en 1837, con motivo del cólera que invadió con fiereza á Palermo y Catania. El desorden, efecto del desaliento, despues la ira (1), y por último, una violenta rebelion que fué sofocada por medios tambien violentos, aumentaron la intranquilidad del país. Decretóse despues la abolición de la administración especial de las jurisdicciones patrimoniales y del feudalismo; la construcción de treinta y cuatro caminos; un nuevo catastro, y el repartimiento de los terrenos baldíos entre los pobres; pero estos decretos no fueron llevados á ejecución.

El que vea esta isla, antes granero de Italia, ahora escasamente poblada, llena de ruinas, con inmensos campos incultos ó empantanados y otros que alimentan mezquinos restos de rebañíos, y compare todo esto con la viveza de ingenio de sus habitantes, con su amor á la patria y su resuelta voluntad de mejoras, saludará con deseo el momento en que vuelva á ser el centro del comercio del Mediterráneo y la proveedora de los buques que se dirigen al extremo Oriente (2).

(1) Ya dijimos de qué modo volvió á nacer la tremenda leona de los escritores, como para dar otra lección de humildad al siglo que se jacta de juicioso. No hablaremos de Francia, Inglaterra, Alemania; en Italia la opinión general es que algun rival, ó las mas veces los gobiernos han propagado aquella enfermedad, porque la población había aumentado sobrado. No hay casi ningun país que no pueda citar víctimas de semejante creencia, pero mayormente el reino. En la Calabria se llegó hasta formar causas con regla á los mencionados envenenados. En Sicilia cundió la convicción de que el gobierno de Nápoles había enviado el mal; y sin hacer caso del vulgo, recordaré que el cardenal Trigona, arzobispo de Palermo, atacado del cólera, no quiso tomar remedio alguno, diciendo que todos eran inútiles contra el veneno y el famoso físico Scina, en cuanto experimentó los primeros síntomas, fué corriendo á casa del director de policía, amigo suyo, pidiéndole y suplicándole que le diera el contraveneno. Tal es la opinión que oí repetir generalmente, y mayormente al presentarme al cementerio del Espíritu Santo, donde fueron entonces acumulados 40,000 muertos. Pero cosa que es digna de notarse, cuando la Revolución de 1848, cierto valiente economista siciliano escribió que « se había dado el cólera á la Sicilia porque le poseía Nápoles; » y en la Memoria presentada por los señores Bonaccorsi y Lumia al congreso de Bruselas en 1849 se decía que « on s'écria non sans quelque raison que le gou- » vernement de Naples avait à dessein introduit la maladie » (dijeron en alta voz, y no sin algun motivo, que el gobierno de Nápoles con intención había introducido la enfermedad). En las posteriores invasiones del cólera, y especialmente en 1853 y en 1865-1867, se repitieron los mismos errores, y fueron acompañados de insurrecciones y asesinatos.

(2) En 1863 la Sicilia dió una renta de 75 millones de francos. Hace cinco años que las tierras pertenecían á unas 2,000 familias, pero han sido reducidas las grandes haciendas. En la actualidad hay cerca de 20,000 propietarios de tierras, y 4,000 propietarios de minas. En estos cincuenta años la población ha aumentado de cerca el 25 por 100, y ha doblado el valor de la propiedad. La población, libre de los vínculos feudales, encierra tres clases independientes, los propietarios de fincas, los propietarios de minas, y en general los que tienen buenos brazos. La comida de la clase trabajadora consiste en grosero pan de trigo, habas ó cebollas, aceite de olivas: en lugar de carne, cuyo precio es bastante caro, se hace grande consumo de pesca salada, y en las ciudades de macarrón y queso. La cosecha de grano pasa de 16 millones de moyos; la del vino es de 200,000 pipas, y la de aceite es de 12,000 toneladas. La exportación del azufre asciende á 150,000 toneladas.

Se ha desarrollado en gran manera la industria nacional: la extracción del azufre, los hilados y tejidos de seda y algodón, el aderezo de las pieles, y la fabricación del vino y del aceite han adelantado mucho. Va aumentando el comercio in-

terior y con Italia, y el comercio exterior asciendo entre importaciones y exportaciones á 150 millones. Sin embargo, el incremento de Sicilia no iguala al de la Italia Alta y Central. Hay pocas señales de bienestar, como serian nuevos edificios, calles y jardines públicos, se ven en las ciudades, y en las campiñas pocos caminos nuevos, puentes y albergues. Los mas de los campesinos, flacos y adustos, mas bien están vegetando que viviendo. Es deplorable el estado sanitario de las ciudades, y arrecian en verano y en otoño las calenturas malignas. Escasa es la instrucción, y los debates en las cámaras, en diciembre de 1863, hicieron patentes males horribos, y que no son pasajeros. (1) En la proclama del 25 de enero Buggiore Settimo declaraba que quería la Sicilia unirse á sus hermanos de Italia, « conservando aquella dignidad con que se unen en confederación los pueblos entre sí, guardando ilesta su propia » esencia y sus instituciones propias. » (2) Cuenta Tofano que le dijo el rey: « Tú has sido militar, deberíamos dirigirnos hacia el Po: tú me seguirías allá. » Que, despues del programa del 3 de abril, propuso el rey haer salir una escuadra napolitana con 4,000 hombres de desembarco, y sobre esto hubo consejo en casa de Florestano Pepe; pero prevalecieron los que querian disuadir, porque habrían sido deshechos, si hubieran intentado salir.

1848.
9 de
enero.

18 de
enero.

1848.
6 de
marzo.

13 de
abril.

14 de
mayo.